LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

- Se acabó. Esta vez te lo digo en serio. No aguanto más. Ya me cansé de tu estúpida sonrisa y de tus desplantes. Me voy y no me volverás a ver en tu vida. Sí, ya sé que lo he dicho mil veces pero ahora es cierto, no bromeo. No tenías derecho a ponerme en evidencia delante de todos tus amigos. ¿Qué pasa, que no puedo hablar ni dar mi opinión sobre un asunto tan idiota como una película? No tenías derecho a gritar que me callara, que dejara de decir tonterías. Estoy harta, harta de que me rebajes, harta de tus “tontina” por aquí y por allá, de esa mueca que pones en la boca cuando miras a tus amigos como para disculpar lo que tú supones que son gilipolleces. Odio ese aire de superioridad, la presión de tu mano en mi rodilla para que no hable. Pero ¿quién te has creído que eres? Has cambiado mucho y no te soporto. No, quizás no has cambiado, he sido yo. Ya no soy la niñita que se quedaba con la boca abierta cuando tú decías una palabra. Ya no tengo quince años, he crecido y no quieres darte cuenta. Ahora no puedes embobarme con tus historias de Madrid, con tu aire de hombre de mundo. Yo también vivo aquí, también he salido del pueblo y me doy cuenta de que eres un payaso, y de cómo me has engañado… No me toques… No te atrevas a tocarme… ¿Qué hago? Creo que es evidente, la maleta. Ya te lo he dicho: me voy para siempre. Me voy adonde pueda hablar con libertad, donde no me crucifiquen con la mirada si bebo tres copas de más y se me ocurre bailar sola en medio de la pista, donde me llamen Lola y no la novia de Marcos. Tú, tus amigos y sus novias os creéis muy inteligentes y modernos porque vais a acabar la carrera y os dejan entrar en algunos pubs de moda. Ellos piensan que soy idiota, pero la culpa la tienes tú. ¿Qué soy para ellos sino la novia de Marcos del pueblo que se le ha pegado y ahora el pobre no sabe cómo quitársela de encima? Eres el culpable por avergonzarte de mí, por no haberme defendido delante de ellos. Si no querías que me conocieran, deberías haber cortado este verano y yo me habría buscado otro lugar para vivir. ¿Por qué te empeñaste en que viniera a esta casa contigo? No te lo pedí yo, ¿recuerdas? Fuiste tú quien se empeñó en que era mejor que estuviéramos juntos. Yo lo habría comprendido… ¿Qué adónde voy? No te importa. ¿Piensas que sólo te conozco a ti en esta ciudad? Si te hubieras preocupado más en estos meses sabrías que conozco gente, gente que no se ríe ni vuelven la cara cuando me acerco. Sí, ¡sorpresa! Tengo amigos, y algunos que te morirías de envidia por conocerlos. Pero nunca te has molestado en acompañarme a sus fiestas, a tomar café. ¡Qué estúpido eres! Ahora me alegro. Ya puedes ligar a las claras con Montse. ¡Ja, ja, qué cara has puesto! Sí, no se me olvida. Haz lo que te dé la gana, que te aproveche. Deja ese jersey en la bolsa y no me toques. No vas a conseguir nada con un beso. No te acerques. De acuerdo, si no me dejas recoger mis cosas, volveré otro día por ellas. Me voy con lo puesto.

 Cerró de un portazo y bajo corriendo las escaleras mientras Marcos la perseguía suplicando en voz baja que entrara y hablaran en el piso para no despertar a los vecinos. La luz del amanecer ponía un tinte grisáceo a las fachadas de Madrid, el agua de las calles regadas reflejaba la luz amarillenta de las farolas distorsionada por el alba fresca de aquella madrugada de mayo. Los pájaros despertaban entre trinos agudos que eran sofocados por los camiones de reparto del cercano mercado. Marcos dudó entre ir detrás de su novia, que se alejaba corriendo en dirección al metro, o volver a casa y optó por lo último seguro de que la rabieta se le pasaría en un par de horas, como ocurría siempre.

 El corazón de Lola se agitaba en su pecho por la carrera, metió un bono en la taquilla del metro mientras un somnoliento cajero la miraba con aire condescendiente que parecía decir “¡Vaya juventud!” Y se preguntó si tendría muy mal aspecto. Suponía que de la pintura de ojos no le quedaría nada y se llevó la mano a la cara donde restos de rímel húmedo y pegajoso mancharon sus dedos. Se colocó el top al darse cuenta de cómo la miraban los pocos viajeros que había en el andén y que hacían apuestas sobre qué seno se saldría antes de la minúscula tela que rodeaba su tórax. Sintió frío, no había cogido la cazadora vaquera. Por lo menos llevaba el dinero y el carnet de identidad en los bolsillos del ajustado pantalón negro. Se palpó el bolsillo trasero y sintió algunas monedas pero no el rectángulo de plástico del documento de identidad. Oyó el sonido del tren al acercase y se apresuró a entrar en el vagón. Mónica la ayudaría. Se habían conocido en la Facultad de Psicología hacía unos meses y rápidamente habían congeniado. El primer curso siempre es duro: nuevas amistades, nueva forma de estudiar y, en su caso, nueva ciudad. Había sido casualidad que coincidieran en la cola de la matrícula: tres aburridas horas con el sobre en la mano, descansado el peso del cuerpo en una pierna u otra para engañar el cansancio. Le llamó la atención el porte de esa chica rubia que estaba delante de ella. Sobresalía entre todos los futuros alumnos por ese aire indescriptible que tienen los ricos de nacimiento. Había algo que la rodeaba e imponía. Su pelo rubio, muy liso, se escurría de la goma con la que estaba recogido. Lola lo comparó con el suyo, también liso, pero no brillaba como aquél que de vez en cuando le azotaba en la boca, por mucho que se lo lavara siempre parecía un poco grasiento, sin vida. El culo de la chica, embutido en un pantalón vaquero viejo, era respingón. A ella nunca le sentaban tan bien los vaqueros y las camisetas… tan parecidas y tan distintas… la envidio desde el primer momento, con una envidia llena de respeto y admiración. La desconocida se volvió al sentirse observada y sonrió. Recordaba el simple comentario de “¡qué pesadez!” y la cara morena de playa, los ojos azules. Ella siempre se había sentido orgullosa de sus ojos azules, pero aquellos que la miraban con simpatía tenían un color intenso, los suyos, en cambio, eran desvaídos como si los genes hubieran cometido un error y hubieran querido borrárselos una vez adjudicados. Ahora, las dos amigas, se reían a carcajadas cuando recordaban cómo se conocieron. Lola había ido a la peluquería y su melena lucía unos delicados tonos dorados; su culo, gracias al asesoramiento de Mónica y a unos milagrosos ejercicios de gimnasia, estaba más levantado, más alejado del suelo. Fue Mónica quien el primer día de clase la llamó y se sentó en la silla vacía que estaba a su derecha. Las mismas sillas que todavía ocupaban. Los estudiantes tienden a agruparse y acotar el terreno: los de las últimas filas, en el bar; los de las primeras, con la mano levantada, anhelantes por preguntar al profesor. Ellas se sentaban en el centro, les divertía el mote que les habían puesto sus compañeros, las llamaban “las gemelas”. No obstante, eran muy diferentes: Mónica vivía sola en un apartamento luminoso del Barrio de Salamanca, un piso de dos habitaciones para ella sola. Se lo habían regalado sus padres por el último cumpleaños, para su mayoría de edad y su tía había completado el regalo con un flamante deportivo rojo, en el cual regresaban al mediodía de la universidad parando donde encontraban aparcamiento para tomarse unas cañas. Tenían muchos pretendientes. Marcos no lo sabía. Ella jamás le había contado la verdad sobre Mónica; en el fondo tenía miedo de que se lo quitara. Por eso, aunque criticaba a Marcos por no querer acompañarla a las fiestas de sus amigos, sólo lo llevó una vez a casa de unos compañeros de facultad. Una fiesta en un piso compartido, desordenado y sucio de Lavapiés con mucha litrona y algunos petas. Marcos, estudiante de Derecho que aspiraba a escalar en la sociedad para que nadie supiera que tenía una beca y su padre era el tendero del pueblo, el señor Marcos, y que por esto tenía tanto miedo a que ella hablara, a que dejara traslucir su humilde procedencia, se negó a repetir la experiencia. Pero ella había ido a otras fiestas… Marcos habría sido capaz de cualquier cosa por sólo rozar aquellos círculos. Eran los amigos de Mónica de toda la vida; niñatos acostumbrados a pasar las Navidades esquiando en el extranjero y a cruceros por el Mediterráneo para descansar de los descensos alpinos. Casas con piscinas climatizadas, servicio filipino y choferes polacos. Lola se sentía fascinada cuando Mónica la invitaba a asistir a alguna de esas reuniones y mentía a Marcos. Lo provocaba invitándole y haciéndole creer que era una reunión como aquella primera a la que asistió. Insistía, gritaba, lloraba incluso diciéndole que no la quería y, cuando bajaba las escaleras del piso, suspiraba con satisfacción y alivio. Si él hubiera sospechado cómo eran los amigos de Mónica habría sido imposible que la dejara ir sola, se habría apuntado a todas las fiestas y, en el fondo de su corazón, estaba segura de que él habría intentado ligar con Mónica. Hasta el momento, Lola había conseguido que Marcos coincidiera sólo en dos ocasiones con su amiga y se las ingenió para que no viera el coche. Mónica había estado encantadora y había comentado que era muy simpático. Marcos se había sorprendido de lo guapa que era y se había olvidado de ambas: si era amiga de Lola, debía ser como ella y no había prestado más atención. A él le atraían por mucho que lo negara, las mujeronas morenazas, como esa arpía de Montse: pelo negro y rizado, buen trasero apretado en minifaldas imposibles, uñas y labios de un rojo enfurecido. Qué voz gutural y melosa cuando saludaba “Hola, Marcos. ¿Cómo te va?” Al principio, Lola ensayaba durante horas ese tono profundo que nace en el estómago, este tono de mujer fatal, acompañado de miradas fijas al espejo; pero se ahogaba y las palabras no llegaban a salir de su garganta. En cuanto a la mirada, por mucho que lo intentó, sólo consiguió darles a sus ojos un ligero estrabismo, bastante poco insinuante. La odiaba. ¡Cómo la odiaba! Sobre todo desde el día en que descubrió en la espalda de Marcos unos finos arañazos. ¿Qué uñas podían producir esas estrías sino las de Montse? Él lo negó: ¿Cómo podía pensar semejante cosa? ¿Con Montse? Jamás. Se los había hecho él mismo, con sus cuidadas uñas, al ducharse. Lola no tenía pruebas de que hubieran estado juntos alguna vez más pues, aunque inspeccionaba la espalda de su novio con lupa, no volvió a ver ningún signo sospechoso. Pero todo iba a terminar. Ya no tendría que aguantar a los amiguitos de Marcos. Todos eran iguales, pretenciosos, ridículos. Cuando los conoció, los veía con la mirada de admiración que Marcos le reflejaba, se sentía tan pequeña al lado de ellos… Tras unas cuantas semanas de escuchar los mismos chistes, las mismas bromas estúpidas y los mismos argumentos, comenzó a observarlos bajo su propio prisma y descubrió lo inseguros que se sentían. No tenían nada propio, nada que los identificase como seres individuales. No tenían personalidad. Opinaban lo mismo, aunque, antes de dar el paso de expresar su parecer sobre si algo estaba bien o mal, miraban de soslayo a Rubén. Era el jefe, el espejo en el que todos se miraban. Su padre era abogado, eso le confería prestigio. Un abogado reconocido en los ambientes madrileños, de los que lucharon contra el franquismo y se enriquecieron con los socialistas. Años antes había llegado a tener un carguito político en la Comunidad Autónoma. Era el padre que los demás hubieran deseado tener. Su barba recortada, con algunas estratégicas canas, enmarcaba un rostro anguloso y acompañaba a una voz sonora que sentaba cátedra cuando conversaba con los compañeros de su hijo. Todos admiraban al padre de Rubén y él se sabía envidiado. Muchas tardes quedaban en su casa antes de salir a tomar copas. Lola era la única que percibía la sutil hostilidad que había entre padre e hijo. Por debajo de la campechana relación que mostraban a la galería, más allá de los vasos de whisky, latía el enfrentamiento que, a veces, si la velada se prolongaba, se convertía en una abierta lucha, en un duelo para comprobar cuál de los dos era más brillante y sólo ella notaba el rencor y el dolor de cada uno de los contendientes. Los demás asistían maravillados a esos debates que invariablemente acababan con el brazo del padre de Rubén apretando a su hijo mientras decía: “¡Ah, vosotros, los jóvenes, qué fácil lo tenéis. Os lo hemos dado todo hecho”. Y Lola podía ver el odio que paralizaba al muchacho.

 Tocó el portero automático del piso de Mónica sin recibir respuesta. Insistió, era sábado y seguro que su amiga acababa de acostarse, su sueño solía ser muy profundo. Apoyó el dedo en el botón sin levantarlo hasta que oyó una voz ronca preguntando “¿Quién es?” La puerta se abrió y Lola palpó con delicadeza el mármol inmaculado de la pared. La moqueta se hundía bajo sus botas. Puso cara de horror al contemplar a la sucia joven que la miraba desde el espejo del ascensor. Los surcos de las lágrimas por el descompuesto maquillaje dejaban ver la piel con venas rojas que el alcohol y el cansancio habían hecho aflorar. Mojó con saliva los dedos e intentó retirar los restos de rímel. Fue en vano, lo único que consiguió fue que se extendiera tiñendo de negro las mejillas. Mónica la esperaba en la puerta con los ojos cerrados. Llevaba puesta, sin abrochar, una camisa de hombre que dejaba al descubierto su cuerpo desnudo. Lola se dio cuenta de que había sido muy inoportuna. Se disculpó y Mónica la hizo pasar. Sin decir palabra, desapareció. Lola contempló el sol que entraba por los grandes ventanales e iluminaba el suelo de madera del salón y los mullidos sofás tapizados con rayas burdeos. Estuvo tentada a tumbarse en ellos pero se dijo que primero debería lavarse la cara; si apoyaba las mejillas en los cojines, dejaría manchas, los estropearía. Una vez en el cuarto de baño, prefirió ducharse. Lo necesitaba. Abrió lentamente los grifos azules, dejando que saliera el agua muy caliente, el vaho sumió en niebla la habitación. Escogió al tuntún entre los cincos botes de champú que había en la repisa de la pared de la bañera y tardó un poco más en elegir el gel que usaría. Mónica era una ávida compradora de productos de belleza y su casa parecía una perfumería. Sintió el cansancio aflojándole las piernas. Hizo un supremo esfuerzo para llegar a la habitación de invitados y, envuelta en un albornoz que había encontrado en la percha detrás de la puerta, se tumbó en la cama.

 Mónica la despertó pasadas las cuatro de la tarde. A fuerza de empujones consiguió que Lola abriera un ojo y, ante la tentación de un buen desayuno, que ya estaba servido en la mesa, se levantó. Sin apenas hablar se lanzaron a los zumos de naranja y bebieron sin respirar la primera taza de café con leche. Más lúcidas, se rieron y empezaron a untar mantequilla en las tostadas.

- Perdona, Mónica, no he sido muy oportuna esta mañana.

- Bah, no te preocupes. Era Juancho.

- ¿Juancho, otra vez?

- ¿Qué le voy a hacer? Más vale lo malo conocido…

- Ya. Pero él se lo toma muy en serio y luego te da la vara hasta que te harta.

- Lo sé. Pero anoche bebí más de la cuenta y ya sabes que cuando bebo me pongo muy sentimental y me apetece que me den un achuchón. Además Juancho no es un mal rollo. Sólo que es muy pesado. Si por él fuera, nos casábamos mañana mismo. De todas formas, se va dentro de dos semanas a Estados Unidos. Va a estar allí por lo menos un año. Va a hacer un máster en Boston… Pero, creo que la que tiene que explicarse eres tú. ¿Otra pelea?

 Lola asintió con la boca llena mientras se encogía de hombros. El albornoz le daba calor y se lo bajó por la espalda. Mónica se dio cuenta y se levantó para traerle una camiseta y unos pantalones cortos. Estaban en la mesa de la cocina y Lola aprovechó la pausa para poner otra cafetera al fuego.

- Ha sido una pelea estúpida, como todas. Pero he tomado la decisión de cortar. Estoy segura de que Marcos cree que en cuanto se me pase la rabieta, volveré. Está muy equivocado. Se acabó. He pensado buscarme una habitación y vivir sola lo que queda de curso y en los próximos cuarenta años. Bueno, no tan sola como tú, tendré que compartir piso pero estoy convencida de que será divertido.

- No seas tonta, te puedes quedar aquí, por lo menos hasta finales de junio que es cuando los pisos se quedan libres, ahora sólo encontrarás habitaciones cochambrosas. Como tenemos los exámenes finales, te vienes a vivir conmigo y a principios de julio con tranquilidad o en septiembre, buscas una casa. Eso si no caes de nuevo en los brazos de Marcos.

- Que no, que esta vez no me vuelve a ver el pelo.

 La cafetera sonaba y Lola cogió las tazas para rellenarlas. Le gustaba el apartamento de Mónica, la luz que había en todas las habitaciones. No se parecía en nada a la casa en que había vivido durante los últimos meses. Un piso de centro de Madrid, por detrás de la Plaza de España, cuya escalera se hundía desgastada por las pisadas de los inquilinos que habían pasado por allí en el último siglo, en algunos escalones además la madera tenía agujeros como puños. La dueña del inmueble, una solterona que había heredado tres bloques de edificios, no se preocupaba por arreglar ni pintar las paredes, la fachada o los pisos que eran oscuros y mal distribuidos. La cocina de Lola dada a un patio interior lleno de humedad por donde se veían todos los vecinos a la luz mortecina de unas luces de posguerra. Debajo de la ventana, que no encajaba por ninguno de sus lados y que en invierno permitía que el aire se colase cual huracán gélido, había una fresquera, elemento de uso doméstico desaparecido de cualquier bloque de pisos desde los tiempos de su abuela, incluso estaba convencida de que el nombre de fresquera ya no existía ni en el diccionario. El fregadero era una inmensa pila de loza grisácea en la que miles de cacharros con comida reseca reposaban en un equilibrio precario. Marcos compartía la casa con otros dos estudiantes. Al principio Lola fregaba los platos de todos cuando veía que no quedaba uno limpio. Pero pronto se cansó de ser la criada y terminó haciendo lo mismo que los demás: lavaba aquello que necesitaba. La casa de Mónica, por el contrario, estaba siempre reluciente. No porque ella fuera muy limpia ni cuidadosa, sino porque tenía una señora que iba a limpiar tres veces por semana. Las tazas de café eran de porcelana con flores, un juego completo, y no una de cada clase. Las cucharillas eran duras, de alguna cubertería fina, no había tenido que mangarlas, lo mismo que los vasos. Y todo eso por no hablar del papel higiénico, sedoso y no robado de los servicios de los bares.

- Pero ¿ha pasado algo especial?

- No. Fuimos a ver una película y después a tomar unas copas. Lo de siempre. Ellos, venga a decir imbecilidades. Se me cruzaron los cables. No me preguntes por qué y en tono desafiante solté una sarta de chorradas impresionantes, pero muy seria, como si estuviera convencida de todo y me fuera la vida en ello. Me lo estaba pasando genial al ver las miradas asustadas de esos gilipollas hasta que a Marcos le dio el ataque. Primero me gritó que dejara de decir tonterías, luego que era una vergüenza, que estaba borracha. Sólo me había bebido un ron con coca-cola y lo llevaba por la mitad. Y después me cogió del brazo para llevarme a casa. Seguimos y seguimos chillando hasta que el cerebro me hizo pluf y decidí hacer la maleta y largarme. Lo que pasa es que se puso pesado y me he venido sin nada. El lunes, cuando esté en la facultad, iré a recoger mis cosas.

- Bien hecho. La verdad es que llevas mucho tiempo dándole vueltas a la idea de cortar. No sé qué decirte, porque yo creo que a ti te gusta Marcos. Vamos, que lo quieres. Tal vez sea lo mejor lo que has hecho, así él se dará cuenta que eres una persona y no un osito de peluche. Sí, cuando vea que no vuelves y que haces tu vida, se pondrá frenético y te buscará como un loco para pedirte perdón. Mientras, nos divertiremos. Esta noche hay una fiesta en casa de Pitu. No pongas esa cara de no saber quién es. La has visto un par de veces. La chica que siempre lleva las minis tan cortas que se le ven las bragas… Mujer, la que se enrolló con el amigo de su padre y se montó un pollo terrible.

- Ah, ya caigo. La que ahora tiene dos amantes, que es pelirroja.

- Dos y cinco amantes. Ésa. Pero antes de la fiesta tengo que ir a cenar a cada de mis padres porque hoy es el cumpleaños de mi madre. Lo que haré será llamar a mi hermana para que me recoja y a eso de las doce vienes tú con mi coche y nos vamos a casa de Pitu que está cerca. Es que si tengo que entrar en Madrid para venir a buscarte, cuando lleguemos a la fiesta se lo habrán bebido todo. La casa de Pitu está muy cerca de La Moraleja, es una bobada que haga dos veces el camino. Será una noche loca. Lidia me ha contado que el alemán de la embajada que anda detrás de Pitu va a llevar a unos amigos que están buenísimos. Las dos necesitamos carne fresca.

 Lola asentía con una media sonrisa en los labios y con una sombra de duda en los ojos.

- Es que no tengo ropa.

- ¡Qué boba eres! Mi armario está lleno, coge lo que te dé la gana.

 La tarde pasó con rapidez viendo la tele, picando algo de comida y dormitando a ratos. El teléfono comenzó a sonar a las ocho: primero Pitu, luego Juancho, después la hermana de Mónica. Lola sentía un sobresalto en el estómago cada vez que el ring interrumpía su sopor, pero no era Marcos. En su interior latía la esperanza de que él preocupado al ver que no regresaba, hubiera cogido su agenda y llamara al teléfono de Mónica, su mejor amiga, suponiendo que ella se refugiaría ahí. Pero era mucho pedir. Mónica se fue a la ducha y a arreglarse para la cena. Tardó más de una hora en decidir que se pondría un vestido de color salmón, recto, con la espalda al aire y una gran abertura que dejaba al descubierto la pierna derecha hasta el muslo. Los zapatos, del mismo tono, eran de tiras, con el tacón ancho y abiertos de talón. Un echarpe de largos flecos rodeó sus hombros. Lola la miró fascinada. Reconoció el vestido como el que, un día que fueron de tiendas juntas, vieron en el escaparate de un pequeño establecimiento muy exclusivo cuya dependienta, según le había cotilleado su amiga, era hija de una marquesa o algo así. El vestido costaba una pasta; todo el dinero con el que Lola contaba para sobrevivir un mes o más.

- ¿Qué te parece? – preguntó Mónica.- ¿Crees que a mi padre le parecerá decente? Dice que las minifaldas estrechas son una ordinariez. No entiende de moda pero a sus secretarias bien que les mira las piernas cuando se agachan. ¡Viejo verde! Una de sus particulares normas de empresa es que nada de faldas cortas, así que las pobres chicas las llevan como medidas con una regla, dos deditos por encima de las rodillas. Pero a él se le van los ojos cuando ve a alguna chavala con una buena mini. El que es genial, es mi tío Ricardo, el marido de tía Natalia. Va con unos putones de cuidado, cada día más jovencitas. Mi madre le ha prohibido entrar en casa. Ella las llama rameras, putas es demasiado fuerte. Ahora están las cosas fatal. Según me ha contado mi hermana, a mi tío le han fallado unos negocios y atraviesa una de sus frecuentes malas rachas. Así que los ánimos estarán caldeados, Ricardo habrá vuelto a pedir dinero a mi padre. Por eso no te he invitado a cenar, presiento una escenita familiar digna de la mejor película de Tennessee Williams: familia alrededor de una mesa lanzándose puyazos y reproches. Mi tía terminará llorando y lamentado haberse casado con un payaso, un farsante. ¿Cómo lo llama ella?... Abusador. Mi madre acabará consolándola. Mi hermano aprovechará para salir pitando en cuando empiece la confusión y se marchará de juerga con sus amigos. En fin, un número. Tampoco es para tanto, mi tío se arruina cada tres o cuatro años, ya deberían estar acostumbrados. Al final a pesar de lo que protesta, mi padre terminará sacándolo del atolladero, pagará las deudas y jurará que es la última vez.

 El portero automático sonó un par de veces y Mónica se despidió con rapidez.

- Ya sabes, ponte lo que quieras y encima de la mesilla tienes las llaves del coche. La plaza del garaje es la 4B, para que no te líes. A las doce te espero, con suerte podrás ver los fuegos artificiales de la familia.

 Lola se levantó del sofá y puso música. Le fascinaba rebuscar en el armario de su amiga, solía haber miles de prendas que jamás se ponía. Abrió las puertas y comenzó a sacar vestidos, camisas, pantalones, todo lo que encontró colgado, pues la mitad de las cosas estaban tiradas en desorden sobre la cama y en el suelo. Subió el volumen de la música y primero se probó un vestido de gasa, de estilo hippie, después dos negros ajustados, después varios tops con mallas diversas y pantalones. Terminó mareada. Lo que daría ella por tener un vestuario similar. Su guardarropa dejaba mucho de desear, procuraba comprar lo imprescindible en mercadillos y tiendas baratas. Conseguía dar el pego. Sin embargo, reconocía que donde se pusiera una buena tela y una buena confección, que se quitaran las imitaciones en cuando las lavabas un par de veces, comenzaban a salir picos y bolitas o las costuras se descosían y tenías que observar todo con detenimiento antes de salir a la calle no fuera que en un segundo se desintegrara lo que llevabas encima. No quería coger uno de los vestidos mejores ante el temor de que le derramaran alguna copa en la fiesta y lo estropeara, así que optó por un modelo sencillo y cómodo: camiseta blanca, una falda de florecitas corta y vaporosa que Mónica usaba mucho y un gran cinturón rosa. Con esta ropa además podía usar sus botas; los zapatos de su amiga le venían un poco estrechos, ya que ella tenía el pie más ancho. Viendo el caos de la habitación y suponiendo que volverían tarde, con sueño y probablemente borrachas, recogió todo. La cara satisfecha de su madre se le apareció mientras realizada la tarea de colgar cada prenda en su percha, había aprendido todos los consejos sobre buena educación que le había inculcado desde pequeña: si te invita a una casa, debes ayudar. Fregó las tazas y platos que habían utilizado con cuidado para no mojarse y juró para sus adentros por no haber hecho la limpieza antes de vestirse, ordenó la cocina y para concluir se maquilló. Cuando se miró en el espejo con la ropa de Mónica comprendió por qué las llamaban las gemelas: era cierto que se parecían mucho. Su amiga un poco más alta pero apenas se notaba. Si no gemelas, por lo menos sí podían pasar por hermanas. Tenía tiempo, eran sólo las diez y media. Quedaba una hora por delante y no sabía qué hacer.

 Las once menos cuarto. Se aburría. Decidió salir ya. Daría un rodeo para llegar a casa de los padres de Mónica. Estaba nerviosa, había conducido el coche de su amiga en un par de ocasiones pero siempre con ella al lado. Todavía era muy inexperta, se había sacado el carnet en Navidades y no tenía mucha práctica porque Marcos no tenía coche. Interiormente rezaba porque no le diera un golpe o arañara la carrocería del flamante deportivo. Debería haberle dicho a Mónica que no se atrevía. Tomando aire cogió las llaves y salió. El ascensor tardaba en subir, era un bloque muy concurrido. Cuando por fin paró, se apresuró a montarse. Observó la transformación que había sufrido su rostro desde por la mañana cuando llegó llorosa y hecha una mierda. Ahora su piel relucía, el pelo brillaba, los colores pastel le favorecían. El garaje estaba a oscuras, pulsó el interruptor pero la luz no se encendió, estaba confundida, sólo funcionaban los fluorescentes de los aparcamientos más alejados. El coche de Mónica estaba en la zona sumida en sombras. Comenzó a andar con vacilación escuchando el sonido de sus propios pasos. Los aparcamientos subterráneos le daban miedo, debía ser una secuela de las películas americanas donde, cuando menos te lo esperas, aparece un coche chirriando frenos intentando atropellar al protagonista que, milagrosamente, siempre salta a tiempo de esquivar el encontronazo, subiéndose por los capós de los automóviles aparcados. Lola no se veía capaz de pegar esos saltos. ¡La tele! Veía demasiada televisión. Nunca había escuchado que ocurriera nada parecido en los aparcamientos españoles pero el temor aparecía cuando se encontraba sola en algunos de ellos. No podía ver la cerradura del coche, tanteó con el dedo y creyó percibir un ruido. Miró alrededor pero nada se movía. Era una idiota.